

Representaciones antagónicas de los partidos políticos tradicionales: el General Rojas Pinilla y la pacificación en Colombia a partir de dos obras partidistas*

Rosa Carolina Gil Jaramillo**


Universidad Nacional de Colombia

Resumen

El presente artículo tiene como propósito analizar de manera comparada dos obras literarias de mediados del siglo XX, *Lo que el cielo no perdona*, escrita por Fidel Blandón Berrio y *De Caín a Pilatos o lo que el cielo no perdonó. Réplica a Viento seco y a lo que el cielo no perdona*, escrita por Juan Manuel Saldarriaga. Dichas obras hacen parte de lo que ha sido llamado por la historiografía nacional como bibliografía partidista. La primera obra es un testimonio de las experiencias vividas por el autor, un sacerdote en el corregimiento de Juntas de Uramita en el occidente antioqueño, en torno a su relación con los liberales y las guerrillas liberales. La segunda obra constituye una respuesta a la obra de Blandón, y en ella el autor se opone a la defensa que realiza el sacerdote de los liberales. Ambos textos pueden considerarse representación de los partidos políticos tradicionales colombianos, de la figura de Rojas Pinilla y del proceso de pacificación incentivado por Blandón y Saldarriaga pese a sus posiciones ideológicas antagónicas.

Palabras clave: literatura, violencia, Colombia, partidos políticos (Thesaurus), siglo XX (Autor).

***Artículo recibido:** 30 de septiembre de 2017 / **Aceptado:** 19 de octubre de 2017 / **Modificado:** 17 de diciembre de 2017. Este artículo es el resultado de la investigación realizada para optar el título de Magíster en Historia en la Universidad Nacional de Colombia (Medellín, Colombia), bajo la dirección del profesor Darío Acevedo Carmona y contó con la financiación de la Secretaria de Educación del Municipio de Bello (Bello, Colombia).

**Candidata a Magíster en Historia por la Universidad Nacional de Colombia (Medellín, Colombia). Profesora de la Institución Educativa Comercial Antonio Roldan Betancur (Bello, Colombia). Correo electrónico: rcgilj@unal.edu.co  <https://orcid.org/0000-0002-9134-6159>

Antagonizing Interpretations of the Traditional Political Parties, General Gustavo Rojas Pinilla and the Pacification, Colombia

Abstract

The purpose of this article is to analyze, in a comparative way, two literary works of the midtwentieth century: *Lo que el cielo no perdona* by Fidel Blandón Berrio and *De Caín a Pilatos o lo que el cielo no perdonó. Réplica a Viento seco y a lo que el cielo no perdona* by Juan Manuel Saldarriaga. These works are part of what has been called, according to national historiography, *bibliografía partidista*. The first work is a testimony of the experiences lived by the author; a priest in the village Juntas de Uramita in western Antioquia, and it depicts his relationship with liberals and liberal guerrillas. The second work constitutes a response to Blandón's, in which the author opposes the priest's defense of the liberals. Both texts can be considered representations of the traditional Colombian political parties, of the figure of Rojas Pinilla and of the pacification process encouraged by Blandón and Saldarriaga despite their antagonic ideological positions.

Keywords: literature, violence, Colombia, political parties (Thesaurus); 20th century (Author).

Introducción

Durante el siglo XX los colombianos fueron testigos de una de las épocas más violentas de la historia del país, período conocido como la *Violencia*¹. Si bien, en la actualidad hay muchos académicos que centran su interés en esta época, las primeras interpretaciones del conflicto las hicieron sus propios protagonistas. Estas se materializan en las primeras publicaciones que empiezan a aparecer, según Sánchez, en los años cincuenta, se presentaron tendencias de dos tipos una apologética –literatura escrita por los voceros de los partidos, defendiendo sus intereses, justificando sus discursos y actos– y otra testimonial, escrita en forma de crónica o narración novelada por personajes que padecieron la violencia y la denunciaban, generalmente escritos por hombres liberales, médicos, militares y sa-

1. Se le denomina La Violencia, con V mayúscula, al período de mediados de siglo XX donde se desencadenaron conflictos que inicialmente se enmarcaron en disputas bipartidistas, pero que gracias a un buen número de investigaciones sabemos que fue mucho más complejo y tuvo diferentes matices. Entre diferentes investigadores no hay consenso del inicio y finalización de este periodo de la historia colombiana. Algunos lo ubican a partir de 1946 con el cambio de gobierno entre liberal por uno conservador, o en el año 1948, cuando asesinan al líder liberal Jorge Eliecer Gaitán. Así mismo algunos determinan la finalización de este periodo con el gobierno del General Rojas Pinilla y otros con el Frente Nacional.

cerdotes (Sánchez, 1991, p.24). Aunque se conoce que algunos conservadores también incursionaron en este tipo de obras, es mayor el número de publicaciones de liberales. Estos personajes escribían desde su inscripción política, su creencia religiosa, su región y, por supuesto, desde su oficio. A este tipo de publicaciones, apologéticas y testimoniales, Carlos Ortiz Sarmiento las llamó literatura partidista (Ortiz, 1995, p. 383).

Las publicaciones elegidas en esta investigación *Lo que el cielo no perdona* del año 1954, escrita por el sacerdote Fidel Blandón Berrio y publicado con el seudónimo de Ernesto León Herrera, sobre las experiencias vividas en Juntas de Uramita, corregimiento del municipio de Cañasgordas de su amigo el también sacerdote Gonzalo Jiménez en San José de Urama y el campamento de las guerrillas liberales en Camparrusia, pertenecientes al municipio de Dabeiba, todos poblados alejados del casco urbano del occidente Antioqueño y unidos entre sí por caminos de herradura. Además, la obra *De Cain pilatos o lo que el cielo no perdonó. Réplica a Viento seco y a lo que el Cielo no perdona*, del docente conservador Juan Manuel Saldarriaga, que se publicó con el seudónimo de Testis Fidelis —testigo fiel—, hacen parte de los textos de tipo testimonial que Carlos Ortiz Sarmiento llamó “bibliografía partidista”. Este autor encuentra en las obras partidistas ciertas características, señalando que se asimila como el autor podría ser concebido como un juez que condena según la filiación política, ya que su objetivo es descubrir el responsable individual o colectivo y discernir entre lo bueno y lo malo, además pretende esclarecer la verdad de lo ocurrido, de la violencia y busca al “verdadero responsable”, que es el partido opuesto. “termina siendo una justificación, incluso una apología del propio partido y una condena del partido contrario”. Lo que evidentemente se lee en las obras analizadas (Ortiz, 1995, p. 388).

En este artículo, lejos de estudiar las obras como el reflejo real del pasado, se entiende, siguiendo a Robert Darnton, como “un relato de alguien sobre lo que sucedió” (Darnton, 2010, p. 18), unas huellas de lo que unos personajes pensaron de lo ocurrido. La categoría de análisis que servirá de herramienta en la investigación para dilucidar lo que ambos autores interpretaron de lo ocurrido es la representación. Para este caso en particular, la noción de representación se asumirá según los planteamientos de Roger Chartier, quien entiende esta noción como: “las diferentes formas a través de las cuales las comunidades partiendo de sus diferencias sociales y culturales, perciben y comprenden su sociedad y su propia historia” (Chartier, 2005, p. 1).

Según Chartier, la historia cultural es entendida como una historia de las representaciones y las prácticas, que se interesa por las divisiones del mundo social, divisiones que a su vez son “incorporadas y producidas por el pensamiento y las conductas” (Chartier, 2005, p. 10). Es decir, por las representaciones-imágenes y por las prácticas-el que hacer-la acción. Según Chartier, este enfoque:

[...] considera al individuo, no en la libertad supuesta de su yo propio y separado, sino en su inscripción en el seno de las dependencias recíprocas que constituyen las configuraciones a las que él pertenece. (Chartier, 2005, p. 10)

Esta perspectiva permitirá, a su vez, interpretar cómo le dieron sentido y significado a su realidad, dos hombres inscritos en una época y cultura determinada, teniendo en cuenta sus propias singularidades. Se presenta en este artículo el análisis comparativo de las representaciones de los partidos políticos tradicionales, del general Gustavo Rojas Pinilla y de la política de pacificación en dos obras de autores antagónicos; en un momento de la historia donde se proclamaba, en medios de comunicación, que el conflicto conocido como la *Violencia* había terminado. Como ejes orientadores del estudio se plantearon los siguientes interrogantes ¿Quiénes son los autores?, ¿qué representaciones de la figura de los partidos políticos tradicionales, el general Rojas Pinilla y del proceso de pacificación develan las obras?, para hacer un análisis comparativo y presentar dos visiones antagónicas de un mismo proceso.

Este tipo de estudios, sobre las imágenes, representaciones, percepciones, visiones e interpretaciones que personajes del pasado le dieron a su momento histórico y aquellos en especial que vivieron los procesos de pacificación que se han dado en Colombia, bien valen la pena rastrearlos y analizarlos para poder identificar las diferentes interpretaciones que suscitan estos procesos. Pero además, para aprender de la experiencia en un momento histórico que vive Colombia, como es el proceso de paz con las FARC², se apuesta de nuevo por la pacificación en el país y que a su vez, también ha promovido posiciones antagónicas, beligerantes e intransigentes.

Los autores y las obras

Fidel Blandón Berrío, oriundo de Yolombó, es enviado en enero de 1950 como cooperador vicario en Uramita y en el poblado de Juntas de Uramita³, corregimiento del municipio de Cañasgordas, ubicado en el occidente antioqueño, Colombia. Según la Investigación de Gustavo Mesa sobre las *Representaciones religiosas de la Violencia en Antioquia*, las normas establecidas para ingresar a los seminarios de este departamento, dictaban que quienes estudiaran en los seminarios antioqueños debían provenir de familias conservadoras y ser reconocidos por sus padres (Mesa, 2006, pp. 87-89). Por esta razón se presume que el autor era de familia conservadora y que era hijo legítimo.

2. Recientemente el 24 de noviembre de 2016, el gobierno del Presidente Juan Manuel Santos y la guerrilla de las FARC, firmaron el acuerdo para la terminación de un conflicto que ha durado más de cincuenta años.

3. Libro de Decretos N° 5, Decreto 123, 11 de enero de 1950, Diócesis de Antioquia (DA), f. 111.

Según la información de la diócesis de Santa Fe de Antioquia (Colombia), el prelado llegó a Juntas de Uramita en 1950 y se retiró del sacerdocio a finales de 1952, “se retiró secretamente de la diócesis y desapareció en la Violencia”⁴. En 1954, en Bogotá, publicó *Lo que el cielo no perdona*, que en la actualidad cuenta con ocho ediciones y en las últimas se relata la vida del autor y la persecución que vivió por escribirla (Blandón, 1996 y 2010). Esta se enuncia como testimonio de las experiencias propias y de las de otro sacerdote, Gonzalo Jiménez, en Juntas de Uramita, San José de Urama y en el campamento de Camparrusia, todas pequeñas veredas del occidente antioqueño, alejadas de los cascos urbanos, pero unidas entre sí por caminos de herradura. En 354 páginas el autor defiende y justifica a los liberales y al grupo armado liberal, denuncia la persecución de sacerdotes que auxiliaron a liberales, enaltece al general Rojas Pinilla, al proceso de pacificación y presenta una reflexión sobre la *Violencia*, sus causas y culpables.

Para la fecha en que el sacerdote llega a Juntas de Uramita, era claro que el presidente sería Laureano Gómez⁵. En el occidente antioqueño, según lo argumenta la investigación de Roldán (2003) sobre la época de la *Violencia* en Antioquia, esta aumentó a partir de finales de 1949, durante el período de precandidatura presidencial de Gómez y a principios de 1950, a causa de la política gubernamental de Antioquia, que armó fuerzas civiles conservadoras para garantizar el orden. A partir de 1950 el gobernador de Antioquia Eduardo Berrío González, arma a la población civil conservadora, argumentando que servirían para mantener el orden en las regiones (Roldán, 2003, pp. 224-225 y 264). Laureano Gómez se posesionó en 1950, pero en 1951 es remplazado por Roberto Urdaneta, debido a las afecciones cardíacas que padecía. La mayoría del liberalismo se negó a reconocerlo como gobernante legítimo. Pécaut señala que entre 1948 y 1953 “el balance es de 140.000 víctimas” y que en 1950 es el año de mayor número de muertos en Colombia durante ese periodo (1984, p. 489).

En medio de estas diferencias políticas llegó el sacerdote a Juntas de Uramita. Estos partidos tradicionales se fueron constituyendo a mediados del siglo XIX y fueron por años elemento de identificación. Según González cada partido tradicional tenía redes regionales de poderes y sus respectivas clientelas, la adhesión a un partido significaba la inscripción a una imagen de nación que al parecer se oponía a la del opositor, “el panteón de héroes de un partido era el villano de la otra” (González, 2006, p. 190). La lucha por el poder instauró

4. Registros de ordenanzas, N° 7, DA, f. 290. Se presume que fue a finales del año de 1952 porque el 9 de septiembre envió a Monseñor Luis Andrade Valderrama el que sería su último informe de Juntas de Uramita ver: Libro Guasabra, Nutibara, Turbo, Urama y Uramita, DA vol. 299, f. 664.

5. Político beligerante llamado *el monstruo* por los liberales por mantener un discurso incendiario en contra de su partido.

una división amigo-enemigo que acompañó y muchas veces fue la culpable del desencadenamiento de actos violentos (Pécaut, 2013, p. 148). Sin embargo, los estudios de Roldán demuestran que, si bien existían diferencias partidistas en el occidente antioqueño, no eran del todo las únicas culpables del desenfreno de la violencia, ya que generalmente los conservadores tenían tratos económicos con los liberales e incluso lazos matrimoniales.

La tesis que sostiene Roldán es que el desencadenamiento de la violencia en diferentes municipios de Antioquia, entre ellos los del occidente antioqueño, fue, en gran medida, causada por la incapacidad del Estado de garantizar el orden y el bienestar material de la población, donde las políticas del gobierno departamental y las redes clientelares, sobre todo armando a la población civil, fueron las principales instigadoras de la *Violencia* y su gran detonante (Roldán, 2003, p. 65). La investigación de Roldán (2003) sostiene que Antioquia ocupó el tercer lugar entre los departamentos con más muertes en el período llamado de la *Violencia*. Señala también que, para el caso de Antioquia, fue más severa en municipios de la periferia donde la ausencia del Estado era evidente; la autora demuestra que el occidente antioqueño y el Urabá, entre 1949 y 1953, fueron duramente golpeados por la *Violencia*. Asimismo que de 4,000 muertos relacionados con la violencia, la mitad se registró en los municipios del Urabá y el occidente antioqueño (Roldán, 2003, p. 25).

El occidente antioqueño contaba con 14 municipios, según lo señaló Gustavo Mesa en la investigación: *Representaciones religiosas de la Violencia en Antioquia (1949-1953)*, los 14 municipios hacían parte de la diócesis de Santa Fe de Antioquia y la gran mayoría era liberal (Mesa, 2006, p. 99). No obstante, Cañasgordas en 1950 se presume como uno de los pueblos con un número considerable de conservadores, ya que a este municipio llegaron los conservadores desalojados por los grupos liberales armados de las veredas y corregimientos como Juntas de Uramita y Cestillal y, al parecer, eran subsidiados por los conservadores del municipio.⁶

En enero de 1950 Fidel Blandón Berrío llegó a Juntas de Uramita y lo abandonó a finales de 1952, sólo hasta enero de 1955 se nombró otro vicario⁷. Llegó a este corregimiento cuando estaban surgiendo los grupos liberales armados en el campamento de Camparrusia, que se comunicaba con el corregimiento de Juntas por camino de vereda,

6. Luis Vásquez, Oficial Mayor, "El Informe escrito", 1950, Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Sección Secretaría de Gobierno, Fondo Gobernación de Antioquia, Serie Gobierno Municipios, carp. 3, letra C, caj. 55, f. 184, este informe se envió al Gobernador en ese año sobre las familias de Juntas de Uramita y Cestillal que habían tenido que salir huyendo de sus tierras por los "bandoleros" (grupos liberales armados) hacia Cañasgordas. "El Informe elaborado un año después, en 1951, por estas familias conservadoras desplazadas por los grupos liberales armados, al señor Gobernador pidiendo que el gobierno 'componga la situación'", 1951, AHA, Sección Secretaría de Gobierno, Fondo Gobernación de Antioquia, Serie Gobierno-Municipio, carp. 2, letra C, caj. 560, f. 52. Roldán (2003, p. 223).

7. Nombran al sacerdote Nebardo Restrepo. Libro Decretos N° 191, DA, f. 194.

y también cuando las autoridades gubernamentales estaban armando a la población civil. En la novela expone su percepción favorable de los grupos liberales armados y su visión negativa de los hombres que armó el gobierno, comúnmente llamados en Antioquia, “aplanchadores”.

Por la ausencia de trabajos en el campo de la historia que haga referencia a Juntas de Uramita —donde el prelado estuvo casi tres años— podemos decir poco, pero Blandón en toda su narración señala que Juntas de Uramita —donde él impartió los sacramentos hasta retirarse del sacerdocio— eran de mayoría liberal. Incluso el sacerdote Nicolás Gaviria, también de la Diócesis de Santa Fe de Antioquia y oriundo del municipio de Cañasgordas, envió en 1951 una carta al gobernador, donde reiteró la preferencia política del corregimiento de Juntas de Uramita, dice que nada debe pasarle con la “chusma”⁸ por “tratarse de un caserío íntegramente liberal”⁹.

En la obra escrita por el sacerdote no sólo se reitera la preferencia del corregimiento de Juntas de Uramita por el partido político liberal, sino que, además, el autor insiste en mostrar la preferencia política conservadora del Municipio de Cañasgordas, del cual hacía parte el corregimiento. Blandón sostiene que el corregimiento era atacado por la policía y conservadores de Cañasgordas, donde las pocas familias liberales debían protegerse. Se puede inferir que este sacerdote, en los casi tres años que vivió en Juntas de Uramita, dio los sacramentos a sus feligreses sin distinción política, desapareció a finales de 1952 sin dar aviso a su diócesis. Se desconocen las razones que lo hicieron irse de la parroquia, pero en 1954 decide publicar *Lo que el cielo no perdona*, narrando su experiencia en el corregimiento de mayoría liberal.

Un conservador vs. la ideología liberal

Se puede rastrear información de Juan Manuel Saldarriaga, un conservador, en varias obras que publicó durante su vida. A veces las obras aparecían con su nombre y otras con el seudónimo de Testis Fidelis —testigo fiel— para proteger su identidad¹⁰. En todas las publicaciones, tanto con su nombre como con su seudónimo, se observan ciertos patrones que determinan el estilo del autor; en todas ellas el propósito es argumentar una idea, generalmente exaltando al partido conservador y señalando al partido liberal y al comunismo como los enemigos del orden y de la sociedad. Los presenta como los

8. Era frecuente que se le llamara despectivamente “chusma” a los grupos liberales guerrilleros.

9. AHA, 1950, Sección Secretaria de Gobierno, Fondo Gobernación de Antioquia, Serie Gobierno Municipios, carp. 2, caj. 560, f. 39.

10. Publicó por lo menos diez obras y con el seudónimo de Testis Fidelis publicó tres.

culpables de la violencia y el caos. Para demostrar sus tesis, el autor recoge documentos o artículos que defienden su posición. Los documentos que Saldarriaga presenta en las producciones son escritos por personajes conservadores que denotan intransigencia con todo aquello que sea liberal y, al final de cada artículo, el autor escribe su opinión. Lo que se infiere al leer los diferentes documentos en varios de sus libros es que éstos son presentados como pruebas fidedignas de sus tesis.

Leyendo sus obras se puede decir que admiró a Simón Bolívar, a Marco Fidel Suárez, a Laureano Gómez y a Monseñor Miguel Ángel Builes. Esta admiración y la alusión constante a estos personajes en sus obras, sobre todo a los dos últimos, es un dato que permite pensar de dónde se nutren sus representaciones intransigentes frente al partido liberal. En 1982 Saldarriaga escribe un texto auto reflexivo de su vida, como despedida por 42 años de enseñanza en diferentes colegios de Medellín y Marinilla. En el prólogo se presenta como un hombre religioso, defensor “de Dios, de su hijo Jesucristo, de su madre, de la Iglesia católica, del pontificado romano, de la moral, de la honestidad, del honor, de la virtud, de la verdad, de la patria, de la mujer, del hogar” (Saldarriaga, 1982, p. 5). El autor se presenta como un hombre católico, conservador y defensor de su doctrina religiosa y del partido. Sus obras son la prueba de esta defensa, el opositor político es presentado como el enemigo y su propósito es probar que es culpable de la violencia, de los crímenes y del caos, por ende, debe ser erradicado, anulado. Se puede interpretar que la defensa del partido propio es la anulación del contrario. Lo mismo pasa en la obra de Fidel Blandón Berrío, la necesidad de justificarse y reconocerse anula al opositor. Ambos desean contar su experiencia y su verdad, pero el relato está sujeto a presentarse como víctima y hacer visible los horrores del victimario.

Para concluir, se puede afirmar que después de leer sus obras, se encuentran tesis, patrones en la escritura, percepciones de sí mismo y de situaciones diversas, arguyendo que Saldarriaga es católico, conservador, seguidor y fanático de Laureano Gómez, de quién escribe un libro (Saldarriaga, 1950) y de Monseñor Miguel Ángel Builes, a quién era cercano y fue receptor de sus obras¹¹. Se nutre de estos conservadores para exponer sus tesis en contra de los liberales, se presenta como un defensor de la religión y su partido, pero en esa defensa ataca políticamente al opositor, culpándolo de la violencia.

En respuesta a la obra del sacerdote Fidel Blandón Berrío, escribe *De Cain a Pilatos, o lo que el cielo no perdonó. Réplica a Viento Seco y a lo que el cielo no perdona*. Saldarriaga se

11. En la obra estudiada de esta investigación se presenta al parecer una especie de correspondencia donde Monseñor Builes exalta el libro de Saldarriaga (1951), que hace referencia a los gobiernos liberales.

refiere a *Viento Seco*¹², escrita por Daniel Caicedo sólo una vez, con el propósito de desbaratar, refutar y condenar las afirmaciones de Blandón cuando decide mostrar los grupos liberales armados como guerrilleros, en vez de bandoleros. No se refiere a los lugares que describe el sacerdote, sino que se concentra en presentar pruebas que invaliden las tesis de Blandón sobre las guerrillas liberales. Sólo se refiere a Daniel Caicedo y su obra cuando presenta un episodio de matanzas en Caldas acusando a los grupos liberales armados, que él insiste en llamar bandoleros y los compara con los “pájaros” de Cali, de esto dijo: “El médico Daniel Caicedo en su libro *Viento Seco* habla de los pájaros conservadores. Y los pajarracos y bandidos liberales al estilo de los que realizaron la matanza de Génova en que jaula se los hecha” (Testis Fidelis, 1955, p. 171). Saldarriaga para invalidar, refutar y anular el relato de Caicedo y la representación que hace de esta *organización del terror* como los llama Gonzalo Sánchez, presenta descripciones y documentos que prueban el asesinato y la sevicia de los grupos liberales armados. Presentando los horrores del enemigo y minimizando los del propio partido político. Debido a que se refiere a esta novela y su autor sólo una vez, para el análisis en esta investigación sólo se eligió la obra de Blandón Berrío y su refutación.

En 310 páginas divididas en 11 capítulos, Saldarriaga presenta la refutación a las afirmaciones de Blandón Berrío en cuanto a los grupos liberales armados, mostrándolos como guerrilleros en vez de bandoleros y de la existencia de sacerdotes que auxiliaron a los liberales. Para el autor, los guerrilleros son bandoleros, criptocomunistas¹³, criminales y antirreligiosos y los únicos sacerdotes con convicción son los que apoyan al gobierno conservador. Para anular, refutar y condenar las aseveraciones del exsacerdote, Blandón Berrío, Saldarriaga presenta un gran compendio de documentos, entre ellos fotografías, descripciones de masacres, testimonios de sacerdotes, testimonios de víctimas, estado del bandolerismo en diferentes departamentos, para argumentar la culpabilidad de los grupos liberales armados y el partido político liberal. Aunque no se puede afirmar si hubo o no otras ediciones, en la búsqueda realizada en las principales bibliotecas del país solo se encontró una edición.

Después de conocer sobre la vida de estos dos personajes, se puede decir que coinciden en algo: ambos se enuncian y describen como católicos, ambos a través de sus obras defienden esta institución eclesíástica, pero ambos tienen percepciones diferentes sobre ser católicos. Para Blandón los católicos son tanto conservadores como

12. Novela de la *Violencia* que relata la masacre de Ceilán en Cali.

13. “Esta expresión, que ha desaparecido junto con los regímenes marxistas, era usual en la vida política para designar al militante o simpatizante de un partido comunista que ocultaba su filiación política con propósitos de infiltración en otros partidos o en los organismos del Estado.

liberales, mientras que, para Saldarriaga, sólo es posible ser católico si se es conservador. En tanto Saldarriaga reniega del partido liberal, de sus integrantes y del grupo guerrillero y los llama: bandoleros, antirreligiosos, enemigos de la religión y del orden; Blandón los dota de las virtudes del catolicismo, además justifica sus acciones.

Ambos autores muestran dos representaciones políticas comunes para la época. La primera es la imagen del conservador como el protector de las tradiciones y la institución religiosa, defendida por Juan Manuel Saldarriaga, que es, a su vez, promovida por la gran mayoría de altos jerarcas de la Iglesia católica, en este caso particular sabemos que Saldarriaga admiraba al obispo Miguel Ángel Builes y —era lector de sus pastorales cargadas de pasión antiliberal— y de Laureano Gómez, que tenían un discurso antiliberal.

La segunda representación política es —la que refleja el sacerdote Fidel Blandón Berrió— la imagen del liberal como católico y creyente, promovida por los políticos liberales y también, la presencia de sacerdotes que auxiliaron y acompañaron la población adscrita al partido liberal, es un clero minoritario poco estudiado en la época de la *Violencia*, donde ha primado la imagen del sacerdote con un discurso incendiario en contra de todo lo liberal. Según lo sugiere Mesa, en la Diócesis de Santa Fe de Antioquia de los 52 sacerdotes, 13 de ellos, incluyendo el autor de la novela, apoyaron y ayudaron a la población liberal. Probablemente estos abanderaban la teología católica de entonces que profesaba los sacramentos para todos los hombres: *Sacramenta propter homines* (Mesa, 2006, p. 163). Acevedo, en sus estudios sobre la época, muestra como estas imágenes y contra imágenes se disputaban en el contexto y circulaban en la prensa, en los parques y en el púlpito (1995 y 2009). En la obra de ambos se puede ver la fuerza de estas representaciones políticas porque los autores las hacen suyas y crean un relato dotado de pasión donde las defienden.

Partidos políticos tradicionales, antipatrióticos y antidemocráticos

Blandón atribuye la responsabilidad del desenfreno de la violencia a los partidos políticos y a los sacerdotes antiliberales. Cuando se refiere a los partidos los acusa además de la imposibilidad de aplicar el sistema político de democracia, de esto dice:

Uno y otro partido han estado muy lejos del ideal de una colaboración democrática y honrado republicanism, y su desavenencia, el antagonismo vacuo de sus relaciones, el espíritu pendenciero y egoísta que los anima, ha sido la endemia, la gangrena nacional. (Herrera, 1954, p. 309)

Además de declarar su incapacidad para dirigir el país, los representa como los culpables de incentivar a los colombianos para que se destruyeran físicamente, con la intención de anular y desaparecer el partido político contrario, Blandón expresa lo siguiente:

De este modo la República perdía su fisonomía democrática y los partidos se declaraban contra ella misma, pues ya no eran fuerzas que en contienda cívica emulaban por servirla y engrandecerla, sino fuerzas en destrucción de duelo nacional hasta que quedara un sólo partido. (Herrera, 1954, p. 290)

El autor hace una crítica fuerte a los partidos tradicionales, los presenta como egoístas, antidemocráticos, enemigos de la patria, culpables de la violencia por provocar en los colombianos acciones para acabar con el adversario político. Los representa como el veneno de la sociedad colombiana. Les propina severas críticas y los compara con niños tarados¹⁴: “[...] estos partidos nuestros son como niños tarados e incorregibles, que una y otra vez, en la vida independiente y autónoma de Colombia, caen y recaen en los mismos errores” (Herrera, 1954, p. 310).

Asimismo, evoca el pasado para insinuar que los partidos políticos desde su surgimiento han persistido en sus errores y seguramente se refiere a las guerras del siglo XIX y su desenfreno partidista. Son representados como antidemocráticos, antipatrióticos y egoístas. El autor señala que la obra que escribe es un testimonio que muestra la barbarie y la criminalidad a la que condujo la rivalidad entre los partidos, termina diciendo:

Todo este relato largo en que apenas se bosquejan unos pocos casos de un pequeño sector del país, son un testimonio irrefutable de los extremos de barbarie y criminalidad a que otra vez llegó la rivalidad de nuestros partidos entre sí, utilizando el uno y el otro los medios más antipatrióticos y antidemocráticos, los sistemas más primitivos y vulgares para lograr sus fines egoístas y sectarios. (Herrera, 1954, p. 310)

Los liberales, “únicos culpables”

Saldarriaga, a diferencia de Blandón, sólo culpa al partido liberal y a sus líderes políticos del desenfreno de la *Violencia*. El liberal es considerado por él como antirreligioso y el bandolero, es presentado como comunista, impío, asesino de niños, de mujeres, de ancianos y de sacerdotes. Asegura que las acciones del grupo liberal armado fueron financiadas por los jefes liberales. Presenta una entrevista que, según el autor, fue echa al capitán Franco¹⁵ cuando vivía en Venezuela, allí relata cómo ingresó a la guerrilla. Y a través de las observaciones de una mujer adulta mayor muestra el auspicio de políticos como Carlos Lleras y Eduardo Santos a este grupo. La mujer mayor le dice a Franco que

14. En el momento la comparación era posible porque no había un reconocimiento como el que existe en la actualidad de las condiciones especiales de niños y adultos con dificultades de aprendizaje.

15. Importante líder de los grupos armados liberales que operaron en Urrao y el occidente antioqueño.

se vaya a luchar por la patria y éste le dice que se necesita dinero, ella le sugiere que se lo pida a estos políticos, “se las pedimos a Carlitos Lleras y a Eduardo Santos [...] llamémoslos por teléfono” (Testis Fidelis, 1955, p. 237).

Saldarriaga señala a estos dos políticos, pero en general se refiere a todos los que hacen parte del partido. A través del testimonio de un alzado en armas liberal, que insiste en llamarlo bandolero, presenta a los políticos liberales como los promotores del grupo, este hombre dice: “Desde las ciudades nosotros los “jefes” os ayudaremos con dinero, con aplausos, con armas, y con la propaganda que la secta que pertenecemos desplegará como un chorro de luz [...]” (Testis Fidelis, 1955, p. 4). Que este tipo de testimonios aparezcan en la novela, da pie a inferir la insistencia del autor por presentar a los políticos liberales como los culpables de la *Violencia*, adjudicada sólo a los bandoleros. Según Saldarriaga las órdenes de los jefes eran acabar con los conservadores y sus familias. Luego incluye el testimonio del que llama bandolero para describir las órdenes de los jefes, recibidas en una carta desde Bogotá que decía, “no perdonar la vida a ningún conservador, aun cuando de rodillas lo pidan. A sus mujeres y a sus hijos, hay que exterminarlos” (Testis Fidelis, 1955, p. 5).

El autor muestra que los jefes, es decir, los políticos liberales, organizaban la persecución a los conservadores. Más adelante sigue insistiendo en esta premisa con otro testimonio, el de un hombre conservador que cuenta la masacre acaecida en los Llanos, y de esto afirma:

Pero todo está resultando de acuerdo con “cartas”, “consignas” y “órdenes” llegadas de los centros donde actúan gentes aparentemente nobles y de vida severa y que claman y proclaman contra los “bandidos” que no cobijan la bandera de su partido, porque son criminales vulgares a quienes se debe perseguir. Eso dicen en sus periódicos; eso aseguran en las entrevistas con los hombres del gobierno. Pero, secretamente, se coleccionan sumas de dinero y se envían a sus “gloriosos guerrilleros” junto con misivas llenas de aplausos ditirámicos a sus acciones”. (Testis Fidelis, 1955, p. 11)

Saldarriaga acusa al partido liberal y a los jefes de auspiciar a los grupos liberales armados y son, por tanto, los responsables de la violencia, se infiere que pretende mostrar que éstos mienten en sus periódicos y mientras demuestran en diferentes artículos que condenan los hechos violentos, abastecen a los grupos armados. Otra vez aparece el conservador, aseverando que son los que organizan las masacres: “Dan órdenes de asesinar y de matar en nombre de su colectividad y para vengar afrentas y dicen y predicán en el país y fuera de él que son los mártires del continente” (Testis Fidelis, 1955, p. 11). El autor insiste en que ellos son los responsables de la violencia y además señala que se presentan en otras naciones como mártires. A esto último se refiere específicamente en el diálogo de un integrante del grupo liberal, que él llama bandolero:

Un político de mi partido, puede aparentar una cosa y ser otra [...] y nosotros los bravos guerrilleros, como nos llaman revistas extranjeras, que publican las correspondencias de famosos periodistas masones de Bogotá, podemos ser asesinos y aparentar ser inocentes e inofensivos campesinos. Y soltó una ruidosa carcajada. (Testis Fidelis, 1955, p. 16)

En síntesis, presenta a los políticos liberales como los culpables de la violencia, adjudicada sólo a los bandoleros. Por el contrario, el partido político conservador es presentado como el garante del orden.

Representaciones de los partidos tradicionales

Mientras que Blandón hace una crítica a los partidos tradicionales y los señala como los culpables de los hechos violentos, Saldarriaga señala al partido liberal como único responsable de la violencia, no hace ninguna crítica al partido conservador. Estas dos apreciaciones sobre los partidos políticos son publicadas en 1954, en el período de gobierno del General Gustavo Rojas Pinilla. En junio de 1953 los dirigentes de los partidos políticos liberal y conservador —éste último con Mariano Ospina Pérez—, se unieron para realizar un golpe de Estado que anulara la presidencia de Laureano Gómez. Todos los grupos con excepción de laureanistas y comunistas apoyaron a Rojas, su gestión sería breve, terminaría el período presidencial de Laureano y luego, se realizarían las elecciones a través del sufragio. No obstante, el General estuvo cuatro años en el poder, intentó establecer medidas para disminuir los actos violentos y el país fue inundado de discursos de reconciliación y perdón, por lo que para muchos, como es el caso de Blandón, fue junto con las Fuerzas Armadas, el salvador de la patria. El gobierno de Rojas, para apaciguar el ambiente de violencia que vivía el país, ofreció la posibilidad de entrar a procesos de amnistía. Los grupos liberales que entregaran sus armas serían considerados guerrillas y con ellos se negociarían acuerdos. Tanto los grupos liberales armados como los conservadores entraban en la amnistía.

Según señalan Galvis y Donadío, hubo un clima de confianza que facilitó la dejación de armas de 3.500 hombres, en parte por un anhelo de paz, por las presiones del gobierno y por la imposibilidad de comunicación entre los líderes de los grupos armados (Galvis y Donadío, 1988, p. 414). En el momento de la publicación de las novelas, los autores reflexionan sobre este período como un evento que es pasado y está cerrando su ciclo. Gracias en parte a que la prensa de ambos partidos, con excepción de *El Siglo*, reproducía el éxito de la pacificación. No obstante, lo que muestra la investigación de Galvis y Donadío es el fracaso de este proceso que condujo de nuevo a brotes de violencia. El gobierno incumplió la promesa de respetar la vida y los bienes de los amnistiados, los programas de rehabilitación carecieron de inversión, en vez de ello, los dineros producidos por la bonanza del café se utilizaron para

comprar armas y equipo militar. En vez de pacificación, Rojas instituyó la persecución comunista y protestante para ganar favores de la Iglesia. En vez de libertad de expresión, mantuvo un control de los medios a través de instituciones como la Oficina de Información y Prensa del Estado (ODIPE), que tenía como objetivo controlar la radio y la prensa, y el Servicio de Inteligencia Colombiano (SIC), que vigilaba a los periodistas. A través de estas instituciones clausuró varios periódicos (Galvis y Donadío, 1988).

Cabe señalar que aquellos que no dejaron las armas fueron considerados como bandoleros y atacados fuertemente por el gobierno. Los grupos armados que se formaron se convirtieron en cimientos de las guerrillas actuales en el país (Sánchez y Meertens, 1983). En 1954, estos dos personajes, autores de las novelas, y otros empiezan a explicar este período porque sentían que empezaba a cerrarse. Desde diferentes percepciones y posturas políticas enunciaban culpables. Según Gonzalo Sánchez, en los años cincuenta empiezan a aparecer publicaciones que presentan disímiles interpretaciones del conflicto (Sánchez, 1991, p. 24). Las dos novelas muestran dos visiones particulares sobre los partidos políticos y las diferentes responsabilidades por el desenfreno de la violencia, Blandón señala a ambos partidos políticos como los culpables de desencadenar los odios y promover la anulación física del opositor político y, Saldarriaga culpa al partido liberal de este desenfreno y omite la reflexión sobre las acciones de líderes políticos conservadores y la creación de bandas criminales adscritas a este partido. Este proceso de tratar de explicar los eventos del pasado también evidencia la necesidad de los autores de que se asuman responsabilidades y se juzguen a los culpables. Lamentablemente carecemos de análisis que interpreten las diferentes representaciones que se construyeron frente a los partidos políticos durante el gobierno de Rojas, donde se pensaba que habían culminado las experiencias de violencia y estos autores estaban haciendo un ejercicio reflexivo del pasado que padecieron.

El General Rojas Pinilla, “el salvador y héroe de la patria”

Para Blandón el General Gustavo Rojas Pinilla era el encargado de devolverle la paz a Colombia. Le atribuyó cualidades heroicas como las de Bolívar y Cristóbal Colón. De él dice que es: “valiente y sin miedo, ecuaníme y digno que abatiera en nombre de la misma patria y para siempre el basilisco” (Herrera, 1954, p. 316)¹⁶. Le continúa asignando valores de héroe, ilustre, grande, noble...

16. Explicaré la alusión al basilisco: el basilisco es un animal de la mitología griega que mata a través de su mirada o a través de su veneno. Laureano Gómez denominó a los gobiernos liberales como basilisco, y gracias a su influencia Juan Manuel Saldarriaga (1952) escribe *El basilisco en acción o los crímenes del bandolerismo*; El uso que hace Fidel Blandón Berrío del nombre basilisco, remite en cambio a los gobiernos conservadores de 1946.

Todo este libro[...] solo tiende a mostrar el abismo de odios, de depredaciones y venganzas de que nos libró este hombre grande, este hombre ilustre, este hombre heroico, émulo de Bolívar y de Córdoba, tan grande como el andamiaje de los Andes colombianos, tan noble como el Cid, tan inmenso como nuestros mares, tan sublime como nuestros cielos de tul algodón, tan valiente como el cóndor de nuestras cimas, tan diáfanos como nuestros ríos libertarios ondulados de epopeyas, y tan héroe [...] como sólo puede ser él, nuestro glorioso presidente. (Herrera, 1954, pp. 316-318)

El libro es un homenaje en honor al aniversario del presidente en el poder, considerándolo como el salvador de la Patria. Por su parte, Saldarriaga le dedica la novela al general, pero no lo adula como lo hace Blandón. De él simplemente dice:

Teniente general Gustavo Rojas Pinilla, el hombre que salvo las instituciones republicanas en Cali el 9 de abril [...] oponiendo un dique de dignidad y coraje a la marejada liberal-criptocomunista y a cuyos magnánimos esfuerzos, una vez en la presidencia de Colombia, después de 1953, se debe la pacificación del país. (Saldarriaga, 1955)

Lo nombra como el salvador del 9 de abril en Cali en 1948, pues con ayuda de conservadores armados reprimió los brotes de violencia que se presentaron por el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, líder liberal. Sin embargo, durante toda la obra crítica el proceso de amnistía puesto en marcha por el gobierno del General Rojas Pinilla. En ambas obras se percibe la representación de Rojas Pinilla como defensor de las instituciones y la patria. En Blandón hay un mayor número de alusiones a este personaje y dedica la publicación en el marco de la conmemoración de un año de su presidencia. Lo que se nota en Saldarriaga es que en todo su relato presenta pruebas de que el proceso de amnistía en este gobierno no funcionó. Probablemente le dedica la obra al general para garantizar su circulación porque como bien lo demuestran Galvis y Donadío, “Rojas, vanidoso como era no soportaba la más mínima alusión desobligante a su persona, a su familia y a su gobierno” (1988, p. 264) y de encontrarla, censuraba las publicaciones.

Además, como ya se dijo, Saldarriaga admiraba profundamente a Laureano Gómez, quien fue derrocado de la presidencia por Rojas Pinilla. Aunque Saldarriaga presenta varios documentos con los que quiere demostrar que el gobierno de Rojas no estaba logrando la pacificación, en otra obra hace visible su animadversión hacia Rojas, *El 10 de mayo o de cómo los chistes, las parodias y los cuentos, tumbaron una dictadura*, publicada en 1957, donde presenta una recopilación de estos géneros burlándose del General (Testis Fidelis, 1957).

Pacificación: realidad o mito

El tema de la pacificación¹⁷ está presente en ambas publicaciones, en la de Blandón existe y es representada como un hecho ya dado gracias al General Rojas Pinilla y a las Fuerzas Armadas; pero en Saldarriaga es un tema sin concluir, para él la paz es inexistente. Blandón representa la pacificación en una frase “paz para vivir y libertad para trabajar” (Herrera, 1954, p. 55). A través de los diálogos con el sacerdote Jiménez expresa el deseo de que se acabe la lucha y de poder tener paz en el campo. Sus reflexiones terminan señalando la importancia de garantizarle al colombiano la posibilidad de trabajar y vivir sin violencia. Presentan a los guerrilleros comprometidos con el proceso de pacificación: “Todos en general estaban hastiados de esa vida, y le dijeron al sacerdote que sólo esperaban que el gobierno les diera garantías para vivir y trabajar y se saldrían del monte” (Herrera, 1954, p. 116).

Según Blandón, la representación de la paz recae en el presidente, las fuerzas militares y en las acciones de estos para garantizar trabajo y orden. El autor no habla del proceso de pacificación, que da por hecho. Saldarriaga en cambio, critica el proceso de pacificación y trata de demostrar que la paz es inexistente en el país. Sostiene que los bandoleros, reconocidos como guerrillas, siguen cometiendo crímenes aún después del convenio con el General Rojas. Apela a un perdón con justicia:

Está bien que el país se pacifique, que sobre los malhechores caiga un poderoso perdón, que se les permita volver al trabajo honrado si es verdad que van hacerlo. Pero es menester que se les conozca en sus altas dimensiones [...] y no puede llegarse a la exaltación de sus horribles hazañas, no se les puede equiparar con nuestros oficiales, suboficiales y soldados que lucharon contra ellos y murieron en emboscadas y acechanzas cobardes asesinadas a mansalva, torturados y mutilados. Hasta allá no puede llegarse. (Testis Fidelis, 1955, p. 181)

Es interesante como Saldarriaga rechaza que aquellos hombres sean exaltados, en este sentido refuta profundamente lo que expone Blandón, que incluso lo compara con los héroes de la patria. Saldarriaga presenta evidencia de los crímenes durante el gobierno de Rojas Pinilla y reitera su permanencia en la delincuencia aun después del proceso de pacificación propuesto por Gustavo Rojas Pinilla. Presenta varios documentos donde asegura que los alzados en armas liberales, que denomina bandoleros, son los culpables. Entre estos documentos, un listado de muertes, en su mayoría de mujeres y niños, del directorio conservador del Tolima (Testis Fidelis, 1955, p. 272-277); también presenta la masacre de 18 conservadores después de la amnistía, ocasionada, según el autor, por el grupo liberal, de esto dice:

17. Entendemos por pacificación el proceso de dejación de armas que se vivió en el gobierno de Rojas Pinilla y el cese de actos violentos.

He ahí los frutos de la impunidad [...] y quienes deberían estar destinados a no dejar enmohecer las guillotinas, reciben todos los honores [...] una delincuencia que se piensa ahogar con dádivas a quienes delinquen. (Testis Fidelis, 1955, p. 285-286)

Es evidente que Saldarriaga se opone al reconocimiento de estos grupos como guerrillas organizadas y al perdón como política de la amnistía; prefiere una justicia que los juzgue como criminales, porque los representa como los responsables de la violencia.

Después de llegar al poder, Rojas Pinilla intentó establecer medidas para disminuir la violencia. Su lema de gobierno fue: “Paz, justicia y libertad”, el país fue inundado con discursos de reconciliación y perdón. “Los alzados en armas, tratados antes como criminales y bandoleros, eran reconocidos ahora como fuerzas rebeldes y beligerantes con las cuales era por lo menos concebible negociar” (Sánchez, 1989, p. 153). Tanto los grupos liberales armados como los conservadores entraban a la política de amnistía nacional. Pero no todos estaban contentos con este proceso de pacificación. Saldarriaga se suma como uno de ellos, no acepta que se perdone y reconozca como guerrilla a los que él considera bandidos, criminales, vinculados al comunismo. Muestra con ello la dificultad de reconciliación entre las partes que por años mantuvieron sentimientos de animadversión, dotadas siempre de insultos. Además, para este conservador, el caos y la violencia fueron cometidas por estos grupos y en vez de perdón, pide justicia con medidas punitivas. Además, es reiterativo en demostrar que siguen delinquiendo.

A pesar de que en este período dejaron las armas por lo menos 3.500 hombres, este proceso de pacificación fracasó a causa del incumplimiento del gobierno y del compromiso de respetar la vida y los bienes de los amnistiados. Algunos líderes guerrilleros después de la dejación de sus armas fueron asesinados, entre ellos, el llanero Guadalupe Salcedo, y los programas de rehabilitación para los que participaban de la amnistía carecieron de inversión, en vez de ello, los dineros producidos por la bonanza del café se utilizaron para comprar armas y equipo militar (Galvis y Donadío, 1988, p. 414). Asimismo, algunos hombres volvieron a delinquir y hay quienes reconocen que este descontento alentó el nacimiento de algunas guerrillas actuales de Colombia.

Además, no todos los que pertenecían al grupo liberal armado entregaron sus armas, según lo demuestran Sánchez y Meertens, algunos no entregaron sus armas por desconfiar del proceso y otros que las entregaron sufriendo de nuevo hostigamientos. Quedaron sin el reconocimiento del grupo liberal y considerados por el gobierno como bandoleros, pero si con el apoyo campesino y de gamonales de sus zonas. Allí eran signados como guerrillas, es decir, con una causa justa (Sánchez y Meertens, 1983). Saldarriaga expone su descontento frente a este proceso, reclama justicia punitiva y rechaza que se les llame guerrilleros porque la palabra está asociada a la lucha por la libertad y la justicia.

Conclusiones

Las obras elegidas en esta investigación hacen parte de lo que Ortiz (1995) llamó bibliografía partidista. Obras publicadas a mediados del siglo XX en Colombia y que se caracterizan por presentar un relato que defiende a un partido político tradicional —liberal o conservador— y culpa del caos y de la violencia, a los integrantes de la oposición. En ambas hay un hilo conector de enunciación y respuesta. Una se enuncia como el testimonio de lo vivido por el sacerdote en Juntas de Uramita justificando el nacimiento de grupos armados liberales, reconociéndolos como guerrilleros y no como bandoleros; la otra en cambio, es escrita por un conservador que se opone a todo lo que defiende el sacerdote. Para el conservador los guerrilleros son bandoleros, criptocomunistas, criminales y antirreligiosos, aseverando que los únicos sacerdotes que pueden existir son los que apoyan al gobierno conservador. Para anular, refutar y condenar las aseveraciones del exsacerdote el autor presenta un gran compendio de documentos, entre ellos fotografías, descripciones de masacres, testimonios de sacerdotes y de víctimas, estado del bandolerismo en diferentes departamentos, con lo que argumenta la barbarie y culpabilidad de los grupos liberales armados. Ambas novelas desean contar un relato y mostrarlo como fidedigno, defendiendo dos posturas diferentes y antagónicas de ver los acontecimientos políticos.

Se pueden argüir varias cosas, la presencia de la figura sacerdotal para la época era fundamental, no sólo porque quienes estaban en las parroquias eran los encargados de celebrar la eucaristía y dar los sagrados sacramentos, sino también porque era quienes podían calmar o exacerbar los ánimos. Fueron en muchos casos, los causantes de incrementar los odios partidistas, pero en otros, aunque reducidos y menos estudiados, fueron los que mediaron en el conflicto y buscaron la pacificación. Esta figura sacerdotal, de representación pacifista, conciliadora, dadora de sacramentos sin importar el partido político, por lo menos en lo referente a los tradicionales, vivió paralelamente con la figura sacerdotal que hizo lo contrario, exacerbar los ánimos entre los integrantes adscritos a diferentes partidos políticos. Hacen falta estudios que revelen la mediación del clero en la pacificación de esta época.

En ambas obras hay una interpretación diferenciada de la experiencia de la época de la *Violencia*, con la llegada al gobierno del General Rojas Pinillas circuló en diferentes diarios que este período había terminado, que se cerraba con la amnistía y la entrega total de las armas tanto de los grupos liberales armados como de los conservadores. Para 1954 muchos consideraban que el tema de la violencia era parte del pasado. Sin embargo, sabemos que esto no sucedió y que el proceso no culminó como se esperaba. Quizás por esta razón aparece este tipo de bibliografía, con un

estilo testimonio queriendo explicar su experiencia, o más aún, la experiencia de la violencia, donde se denuncian, culpan y condenan. Blandón culpa de la violencia a los partidos políticos tradicionales y Saldarriaga sólo al liberal; Blandón cree en Rojas, en el proceso de la amnistía y la pacificación, mientras que Saldarriaga presenta pruebas que demuestran la inconsistencia de éste.

Ambas representaciones están mediadas por las propias singularidades de cada uno y sus contextos sociales y políticos, Blandón a pesar de pertenecer a una institución donde el clero en general promulgaba un discurso incendiario en contra de todo lo liberal, se sumó a unos pocos, por los menos 13 para el caso de Antioquia, que auxiliaron y defendieron, no sólo a los liberales sino su grupo armado. Saldarriaga en cambio, desde su posición política letrada y admiración a políticos con ideologías conservadoras, abanderó también estas ideas. Ambos desde diferentes perspectivas políticas hicieron circular su narrativa.

Las anteriores representaciones sobre el General Rojas, el proceso de pacificación y la culpabilidad del opositor político del desenfreno de la *Violencia*, nos dan una idea de las diferentes imágenes que dos personajes inscritos en códigos comunes, pero en general con visiones antagónicas, crearon de su mundo, y a su vez estas representaciones fueron defendidas, justificadas y avaladas por encima del otro—opositor político—. En estas narraciones se ve el deseo de explicar el pasado inmediato, condenando a quién se considera el enemigo y apelando a que sea castigado.

Referencias

- Acevedo Carmona, D. (1995). *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia (1936-1949)*. Bogotá: El Ancora Editores.
- Acevedo Carmona, D. (2009). *Política y caudillos colombianos en la caricatura editorial, 1920-1950: estudio de los imaginarios políticos partidistas*. Medellín: La Carreta Editores.
- Blandón Berrío, F. (1955). *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá: Minerva.
- Blandón Berrío, F. (1996). *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá: Planeta.
- Blandón Berrío, F. (2010). *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá: Uniediciones.
- Chartier, R. (2005). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.
- Darnton, R. (2010). *El beso de la Laumourette. Reflexiones sobre historia cultural*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Escobar Mesa, A. (1996). La violencia: ¿generadora de una tradición literaria? *Gaceta*, 37, 21-29.
- Fidelis, T. (1952). *El Basilisco en acción o los crímenes del bandolerismo*. Medellín: Editorial Granamericana.

- Fidelis, T. (1955). *De Caín a Pilatos o lo que el cielo no perdonó replica a “Viento Seco” y “Lo que el cielo no perdona”*. s. e.
- Fidelis, T. (1957). *El 10 de mayo o de como los chistes, parodias y los cuentos tumbaron una dictadura*. Medellín: S.N.
- Galvis, S. y Donadio, A. (1988). *El jefe supremo. Rojas Pinilla en la violencia y el poder*. Bogotá: Planeta.
- González, F. (2006). *Partidos, guerra e Iglesia en la construcción del Estado nación en Colombia (1830-1900)*. Medellín: La Carreta Editores.
- Herrera, E. L. [Seud.] (1954). *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá: Argra
- Mesa, G. (2006). *Representaciones religiosas y la violencia en Antioquia, 1949-1953* (tesis de maestría). Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Ortiz Sarmiento, C. M. (1995). Historiografía de la violencia. En B. Tovar Zambrano (Comp.), *La Historia al final del Milenio, ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana* (pp. 371-422). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Osorio, O. (2006). Siete estudios sobre la novela de la violencia en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva. *Poligramas*, 25, 85-108. <http://bibliotecadigital.univalle.edu.co/bitstream/10893/3090/1/Rev.%20Poligramas,N.25,p.85-108.pdf>
- Pécaut, D. (1984). *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*. Bogotá: Fondo Editorial CEREC.
- Pécaut, D. (2013). *La experiencia de la violencia: los desafíos del relato y la memoria*. Medellín: La Carreta Editores.
- Restrepo, L. (1985). Niveles de realidad en la literatura de la “violencia” colombiana. En Alberto Díaz U. (Comp.), *Once ensayos sobre la violencia* (pp. 117-169). Bogotá: Fondo Editorial CEREC – Centro Gaitán.
- Roldán, M. (2003). *A sangre y fuego, la violencia en Antioquia, Colombia 1946- 1953*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Saldarriaga, J. M. (1950). *Laureano Gómez o la tenacidad del servicio y de la patria*. Medellín: Editorial Granamericana.
- Saldarriaga, J. M. (1951). *El régimen del terror o 16 años en el infierno*. Medellín: Talleres de la Imprenta Departamental de Antioquia.
- Saldarriaga, J. M. (1953). *Anecdotario del libertador*. Medellín: Tipografía del libertador.
- Saldarriaga, J. M. (1954). *Biografía anecdótico y antología de Don Marco Fidel Suárez*. Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia.
- Saldarriaga, J. M. (1962). *De la dictadura al comunismo*. Medellín: Colofón.
- Saldarriaga, J. M. (1982). *Lo mejor de mi cosecha*. Medellín: Editorial Copiyepes.
- Sánchez Gómez, G. (1991). Los estudios sobre la violencia, balance y perspectivas. En G. Sánchez Gómez y R. Peñaranda (Eds.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (pp. 11-30). Bogotá: Fondo Editorial CEREC.

Sánchez Gómez, G. y Peñaranda, R. (Ed.). (1991). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: Fondo editorial CEREC.

Sánchez, G. y Meertens, D. (1983). *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá: El Ancora.

Archivos

Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Medellín-Colombia. Sección *Secretario de Gobierno*.
Fondo *Gobernación de Antioquia*. Serie *Gobierno Municipios*.

Diócesis de Antioquia (DA), Santa Fe de Antioquia-Colombia. Libro de Decretos.